

EDUCACION INTEGRAL Y MISION DE LA UNIVERSIDAD

José Alberto Soto Badilla

Intentamos presentar, a través de estas páginas, al hombre integral, partiendo de los términos del psicoanálisis freudiano: *id*, *ego*, *super-ego* para establecer una teoría antropológica, de la cual se puedan inducir consecuencias y aplicación en una correcta concepción de la enseñanza superior. Queremos revisar, primeramente, el significado de dichas hipótesis de nuestro trabajo, siguiendo la opinión de Werner Wolff al referirse a tales términos del esquema psicológico interno: "Todos estos conceptos constituyen hipótesis de trabajo para poder encontrar un camino a través de la caldera de las funciones psíquicas" (1).

Freud divide el esquema en un sistema consciente y otro inconsciente. El primero está controlado por el *ego* (yo) y el segundo, por el *id* (ello), "que parece funcionar contra nuestra intención y nuestra voluntad, independiente de nosotros en su existencia" (2). Pero esta división no es completa, pues se ha demostrado con el psicoanálisis que existe algo más que dirige a ambos. Una fuerza directiva que se manifiesta claramente en las ideas y principios que practicamos y se desarrolla siguiendo el desenvolvimiento del *ego*. A esta fuerza la llamó Freud *super-ego*.

Las tres funciones básicas de la psique: *ego*, *id*, *super-ego*, "forman la dinámica psíquica con su intercambio de energía. El *super-ego* representa las restricciones morales y el estímulo hacia la perfección, enfrentándose al *ello*, que es el receptáculo de los impulsos, y al que Freud llamó 'una caldera de energías en ebullición'" (3). El *id* y el *super-ego* estimulan el *ego* encontrándose éste así entre dos fuerzas contrarias, que si son muy fuertes, el *ego* desarrolla, a modo de protección, una conducta neurótica.

Habiendo revisado sumariamente para mejor claridad la terminología freudiana, se puede iniciar el intento de integración. Partamos de una definición de educación ideal o integradora dentro de un contexto evolutivo del individuo a partir del *id*, definiéndola como el conjunto de factores culturales que contribuyen a orientar el *id* hacia la sublimación, donde se logran realizar valores positivos que se traduzcan en libertad.

-
1. WOLFF, WERNER, *Introducción a la Psicología*, Breviarios, F.C.E., México, 1961, pp. 267-268.
 2. *Ibid.*, p. 269.
 3. Cfr. *Ibid.*, p. 269. Téngase presente que nos referimos a todas las energías impulsadoras no sólo a las relacionadas con lo genital.

Entiéndase por factores culturales los productos o realizaciones humanas específicas que canalicen las tendencias innatas del individuo.

En el *id* se manifiesta la *libido* o energía psíquica, término empleado por Freud para ‘abarcar toda la gama de manifestaciones sexuales’ desde el niño hasta el hombre maduro, quien posee la sexualidad en su completo desarrollo. Este es el comportamiento más primitivo de la persona (en cuanto sujeto amoroso) que se reduce a impulsos corporales, sexuales, únicamente orientados hacia los impulsos de otra persona sexualmente predispuesta.

La sexualidad es expresión del *Eros* “el hombre eróticamente orientado, en el sentido estricto de la palabra, no es solamente un ser sexualmente afectado, sino algo más que una persona que siente excitado su apetito sexual” (4). Es el ser que penetra “más profundamente que el que mantiene una actitud meramente sexual, cala hasta la capa inmediata, hasta la textura anímica del otro ser” (5). Esta fase de relación es lo que se llama *enamoramiento*, la cual no tiene como meta la corporalidad de la otra parte, sino que, la trasciende y se orienta hacia lo psíquico. De este modo, el amor (en el exacto sentido del término) es la forma más alta posible de lo erótico (en su sentido más amplio) y entendida “como la más profunda penetración posible en la textura personal de la otra parte, la vinculación con algo espiritual”. La persona, a esta altura, se ve “afectada en lo más hondo de su espíritu por el portador espiritual; más de lo que en el ser amado hay de corpóreo y de emocional, por su meollo personal” (6).

La alienación, sin embargo, puede invadir el *id* impidiendo la integración del mismo, que se ve reducida a sexualidad sin amor. La sexualidad basada en el principio del placer convierte en un fin en sí la satisfacción de los impulsos o goce sexual. Esta meta alienada reduce al individuo a la perversión sexual, a la neurosis, angustia, ensombreciendo el futuro, ante la desvalorización de lo espiritual (7).

Una educación progresiva a los desarrollos fisiológicos, psíquicos y espirituales del joven, iniciada en su hogar o centro familiar: los padres, continuada por la escuela, la educación religiosa, etc., lograrán dar metas positivas y valores que integran el *id*, ya en una sexualidad sublimada en amor, donde el acto sexual no es sino la expresión física de los vínculos anímico espirituales que le unen al ser amado.

Esta fase conduce al hombre a poseer una capacidad interior para contraer la relación monogámica (verdadera manifestación de la madurez erótico-sexual de la persona), de la cual resulta, por medio del amor sublimado, el “dar la vida —a través de lo biológico— a un nuevo ser, el hijo, lleno a su vez del misterio del carácter peculiar y singular de su existencia” (8). Por esto, la “actitud monogámica es la etapa última del desarrollo sexual, la meta superior de la pedagogía sexual y el ideal de la ética sexual” (9).

4. FRANKL, V.E., *Psicoanálisis y existencialismo*, Breviarios, F.C.E., México, 1957, p. 161.

5. *Ibid.*, p. 162.

6. *Ibid.*

7. La sexualidad alienada (sin amor) puede ocurrir en cualquier situación educativa, en la cual los impulsos psíquicos chocan con frustraciones sin encontrar vías de sublimación.

8. FRANKL, V.E., *Ibid.*, p. 161.

9. *Ibid.*, p. 203.

Así pues, llegamos a concebir una educación del *id*, que se traduzca en su propia libertad, al realizarse de manera natural hacia una meta alta y consciente, que no se detiene en un concepto biológico de procreación, sino, que se proyecta hacia la procreación espiritual (promoción personal).

El *ego* es el que controla todo el sistema consciente nuestro. El *ego* debemos entenderlo aquí en términos de *socialidad*, es decir, en esa relación de mi yo con la sociedad (10).

En la sociedad se manifiesta el Gobierno, que podemos definir dentro de un marco evolutivo del hombre, como las manifestaciones culturales que regulan las relaciones entre los individuos y les ofrece, a su vez, un sentido, un propósito a seguir.

La socialidad del hombre es una exigencia vital, puesto que, siendo él ser de necesidades, es en la interacción con la sociedad, donde encuentra la satisfacción de las mismas; esto lo logrará, sin embargo, a través de las relaciones sociales transformadas en *filia*, es decir, en amor fraternal, relaciones de ser a ser, donde el anonimato queda al margen. Una verdadera fraternidad, como suele pintar Marcel, que se traduce como “toda posibilidad de humanizar nuestras relaciones con nuestros semejantes” (11).

A la luz de la fraternidad es como el trabajo y la idea de servicio pueden desarrollar toda su riqueza concreta, que se traduce en la misma promoción de personas, pues esta realización personal está a la base del acto social, ya que, como “el hacerse persona es promoverlas, todo acto *personal*, en este sentido, es acto *social*, es decir, de dos *socios*, unidos en la actuación de valores que los trascienden como individuos y como personas” (12); de aquí, el por qué “no se puede promover la sociedad como masa, sino que cada *individuo*, personalmente promovido, la promueve” (13).

En esta situación fraternal se realiza el trabajo en su forma auténtica. No se da un trabajo alienado, es decir, un trabajo sin esperanza que reduzca a los individuos a la despersonalización, a la neurosis, o, principalmente, que reduzca o anule el sentido de la vida. Tal situación debe ser evitada conforme a la orientación dada por las manifestaciones culturales: la maquinaria estatal, jurídica, la Iglesia, la escuela, etc., para así integrar al hombre en la sociedad y transformar su trabajo en existencia con propósito.

De aquí proviene el mundo cultural como el tentativo humano de satisfacer sus necesidades, luchando contra la escasez a través de la energía tecnológica entendida como energía provocadora y transformadora de la naturaleza, donde radica “el más elemental y primigenio carácter del hombre, más aún, su esencia constitutiva: el ser-para-la-vida” (14).

10. Cfr. SOTO BADILLA, J.A., *Hacia un concepto de persona*, Universidad de Costa Rica, Departamento de Publicaciones, 1969: *La persona como fundamento de la sociedad*, pp. 83 ss.

11. MARCEL, GABRIEL, *Los hombres contra lo humano*, Ed. Hachette, B.A., 1955, p. 163.

12. SCIACCA, M.F., *L'uomo, questo squilibrato*, Marzorati, Milano, 1954, pp. 90-91. Cfr, *Interiorità oggettiva*, *ibid.*, 1963, pp. 108 ss.; Cfr *Libertà e tempo*, *ibid.*, 1967, p. 58 ss. (Traducciones españolas, Editorial Miracle, Barcelona).

13. SCIACCA, M.F., *Pagine di pedagogia e di didattica*, Marzorati, Milano, 1972, p. 81.

14. COTTA, SERGIO, *El desafío tecnológico*, EUDEBA., B.A., 1970, pp. 56 ss.

De esta manera se logra establecer un sistema de trabajo organizado, dentro del cual, el hombre adquiera un significado de la vida o, más bien el acto mismo de vivir, acto del que salta la libertad, desde el momento en que consigue subordinar el mecanismo económico a las necesidades o propósitos humanos y, por ende, sociales: "Los hombres no solamente conviven, sino que cooperan. Juntanse en la cooperación con miras a producir bienes, para el logro de un fin económico o moral. Lo cual es posible en cuanto los hombres que cooperan no poseen los mismos hábitos, antes se diferencian profundamente por sus capacidades y por sus aptitudes físicas e intelectuales" (15). Así surge la división del trabajo de los hombres guiada por la libertad de elegir conscientemente, que no se agota en una simple cooperación con miras al resultado común, sino, al resultado mayor y común, apreciable económicamente, e incluso, a un superior fin ético, individual y colectivo. De este modo, integradas las fuerzas de los hombres se crea el medio propicio para el fortalecimiento de la personalidad que es apenas posible en una sociedad bien organizada (16).

El último ámbito de nuestras consideraciones es el *super-ego* esa fuerza directiva —según indicábamos al inicio— que aparece en las ideas y principios que practicamos y, a la vez, representa las restricciones morales y el estímulo hacia la perfección, que presionan al *id* y al *ego*.

Se instaure aquí la sabiduría, la cual debe entenderse como la actitud de moderación y prudencia respecto a todas las ideas y principios del hombre, tendientes a las relaciones con sus semejantes y, a su vez, con la trascendencia, para aspirar a la consecución de una fe firme y respetuosa.

Es necesario orientar, en un sentido positivo, la diversidad de ideas y principios que relacionan a los hombres entre sí, hacia la misma fraternidad, antes aludida, hacia el orden de la moralidad y, por ende, hacia la fe y la confianza de los hombres entre sí, hacia esa *participación*, como diría Marcel, con las personas por medio del *crédito*: creer que me será fiel, creer en su fidelidad. Esto se puede conseguir con esa nota de prudencia que consiga dar orden al *credito* entre los hombres.

Las relaciones del hombre también son relaciones con una trascendencia. Se establece una religación en términos de ágape, de amor divino, que surge —según una tesis evolucionista— por una necesidad hacia el orden dentro del desarrollo de la evolución, en niveles del espíritu (17). Las diversas maneras de religación que poseen los hombres con lo Divino, traen consigo la necesidad de la moderación y la prudencia para poder lograr una integración.

De este modo, obtendremos una integración de la fe de los hombres entre sí y de los hombres con lo Divino. Evitando toda posible alienación de ella que pueda romper los lazos fraternales y conducir al abismo de la confusión, del odio, o a un complejo de culpabilidad, que precipite al hombre en una fe sin misericordia.

La integración de la fe, así pues, nos da una fe transformada en reconciliación amorosa, desde las relaciones del hombre hasta la religación con lo Divino. Es decir, establecemos una forma de fe organizada dentro de la cual se crea, al mismo tiempo, una moralidad integrada en beneficio de los hombres, de donde resulta una libertad fundada en el orden y el respeto.

15. BATTAGLIA, FELICE, *Filosofía del trabajo*, Editorial Revista de Derecho Privado, Madrid, 1955, p. 260.

16. Cfr., *Ibid.*, p. 265.

17. Cfr., SINNOTT, EDMUND W., *La biología del espíritu*, Breviarios, F.C.E. México, 1960, pp. 100 ss.; p. 176 ss.

Quedan así planteados los tres estadios del examen: el *id*, el *ego* y el *super-ego*, encaminados a conseguir una integración del hombre. Como se apuntó al iniciar estas reflexiones, dichos esquemas son inseparables, puesto que corresponden a una misma meta de estudio: el hombre; por esto, en cada uno de esos estadios se halla comprometida toda la cultura del hombre.

Las implicaciones a que llegamos y se revelan en esta concepción del hombre están a la vista:

Un hombre en el cual se dé una sexualidad sublimada y dirigida hacia una meta monogámica, asiento de la libertad del *id*: dar vida a través de lo biológico a un nuevo ser y colaborar en su propia realización personal.

Un hombre en el cual la socialidad (del *ego*) sea la expresión misma de fraternidad, donde halle el medio de satisfacer sus necesidades por el trabajo y encuentre un sentido a su existencia y libertad para realizarse.

Por último, un hombre en el cual la moralidad sea la expresión de una fe organizada: a) entre los hombres por medio del *crédito*, la fidelidad, y b) respeto a la más alta manifestación de la fe, que es la religación con lo Divino, con Dios.

El hombre visto en estas tres conjugaciones se inscribe a un panorama auténtico de su destino, donde la libertad, la fraternidad y el amor marcan el camino a seguir como personas.

Concibiendo la Universidad como un pequeño mundo en el cual se dan cita múltiples personas, diferentes en credo, en ideologías, en raza, y en donde se concretan los grandes pensamientos del hombre a través del estudio y la investigación, debemos ahí, intentar la instauración del anterior concepto de hombre libre, que tienda a orientar a ese microcosmos hacia metas superiores de orden y de valor, en donde el hombre llegue a ser hombre culto, preparado profesionalmente y formado como personalidad consciente y responsable de sus deberes ciudadanos (18).

Desde el seno de una Universidad donde prevalezca el estudio objetivo, crítico, científico, en un ambiente de concordia académica, de reflexión y de ansias de superación, surgirán hombres con un sentido de la vida que más tarde se proyectarán, por el ejercicio de sus profesiones o disciplinas, sobre el medio social en que se desenvuelvan, llevando consigo un digno sentido de la existencia en cuanto personas cultas, útiles y libres.

Hombres cultos que se enfrentan y deciden responsablemente, haciendo propio el momento histórico a que pertenecen. Tratando de servir en los problemas concretos que incumben a ellos y a los otros como personas de una sociedad civil y democrática. Siendo ellos, a la vez, conscientes de que el *saber* propiamente dicho “no es sólo cultura humanista o altamente científica, sino que es todo lo que *revela* un valor y contribuye a

18. Cfr., OLARTE, TEODORO, *Filosofía y humanismo*, Editorial Costa Rica, 1966. “La misión de la Universidad se efectúa a través de la formación de profesionales que sirvan inmediatamente a la comunidad; de especialistas investigadores que sirvan inmediatamente a la Universidad y mediatamente a la comunidad” p 302, “Quien haya tenido experiencia personal universitaria, sabe perfectamente que la misión de la Universidad no es perfeccionar, sino equipar a sus discípulos de medios para perfeccionarse, que es asunto personalísimo. Sólo una experiencia personal a través del ejercicio de la profesión puede hacer que se personalicen los conocimientos y los métodos; no puede haber un maestro igual a otro, porque no hay una persona igual a otra” pp. 310–311.

formar a la persona, en la medida en que responde a sus actitudes y capacidades, que las actúa y las potencia, por esto, saber es el del filósofo que incluye los abismos del ser y tenta de descubrir el significado último, como el del campesino que cotidianamente trabaja la tierra, en cuanto, el uno y el otro expresan valores de conocimiento, religiosos, estéticos, morales, sociales" (19). Conscientes también que con el derecho al saber, cada hombre ejerce el derecho de actualizar libremente el sujeto que él es, esto es, derecho a formar su personalidad auténtica, que responde a sus vocaciones: "Humanamente respetable es el trabajo del artista y del filósofo, como el del campesino y del obrero, sobre la base de una igualdad *esencial* de todos los hombres en cuanto hombres" (20).

En conclusión, la Universidad debe asumir una posición de especial importancia en el esfuerzo por promover el progreso humano. Los problemas actuales de la vida de los pueblos, en efecto, son múltiples y complejos —de orden espiritual, cultural, social, económico, etc.— y la formación que la Universidad debe dar necesita que abarque todos estos campos; por consiguiente, aquí está la fuente del ideal político de la Universidad: el interés y el empeño por la paz, la justicia social y la libertad de todos, y, a su vez, fomentar el esfuerzo por resolver los grandes problemas de la vida humana. De este modo, la Universidad puede ir formando integralmente a los estudiantes en una mentalidad de servicio a la sociedad y de contribución al bien común con su trabajo profesional y con su acción en la esfera pública. Mentalidad que le permitirá al universitario enfrentarse responsablemente ante citados problemas, esforzándose de encontrar la mejor solución (21). Por esto mismo, la Universidad como *microcosmos* debe ser abierta a todos los estratos sociales, a quienes son verdaderamente capaces de poder seguir los estudios superiores cualquiera que sea su condición económica, su raza, ideología o religión. Aquí radica el verdadero sentido de la reforma democrática de la enseñanza. La Universidad, repetimos, se debe entender como "lugar de estudio, de investigación y de amistad, lugar donde deben *convivir en paz* personas de las más diferentes tendencias que expresen en cada momento el legítimo pluralismo existente en la sociedad" (22). No debe ser el lugar para la simple lucha del poder, ni ser reducida a un campo de batalla entre fracciones opuestas; esto traería consigo la corrupción de la Universidad que llegaría a ser una tribuna de discusión, antes que una institución de estudio sobre los problemas a resolver; una tribuna 'política' sobre ciertas necesidades concretas, antes que en una institución donde se analice con serenidad académica y profunda seriedad la pluralidad de problemas que se originan en la sociedad a la cual ella sirve. Por último, el buen funcionamiento de la Universidad depende también de su autonomía, lo cual equivale a decir, libertad de enseñanza, o sea, la libertad que le corresponde en el ámbito de su función específica al servicio del bien común y del desarrollo en general.

Tal podría decirse de la educación integral y misión de la Universidad.

19. SICACCA, M.F. *Pagine di pedagogia e di didattica*, *ibid.*, p. 82.

20. *Ibid.*

21. Cfr. DE VRIES, A., *Educación superior y responsabilidad social*, "Folia Humanística", Barcelona, febrero, 1972, pp. 90 ss.
Cfr. GOMEZ PEREZ, R., *Universidad problema político*, Pamplona, 1971: "Se entiende por política la organización de la convivencia humana de modo que se abran cauces justos y concretos a las necesidades concretas", p. 103.
Cfr., SOTO BADILLA, J.A., *Responsabilidad y cambio histórico en Richard Wisser*, "Folia humanística", Barcelona, enero-febrero, 1972. *Ibid.*, "Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica", N° 28, 1971, pp. 9-25.

22. Cfr., ESCRIBA DE BALAGUER, J., *Colloqui...*, *L'Università al servizio della società attuale*, Edizioni Ares, Milano, 1968. pp. 93-94.
Cfr., OLARTE, T., *De la Universidad de Costa Rica* (I-II) "La Nación", 20 y 30 de julio, 1974, p 3-B.